

**DESDE OTAVALO, COMO
HOMENAJE A LA CIUDAD
DE SAN MIGUEL DE IBA-
RRA, EN EL CUARTO CEN-
TENARIO DE SU FUNDA-
CIÓN**

Susana Cordero de Espinosa
Miembro de Número de la Academia
Ecuatoriana de la Lengua
Catedrática de la Universidad de
Otavalo

Me permito resumir en breves párrafos, el libro *Ibarra, ciudad que fue fundada la víspera*, cuyo texto escribí con la alegría y el orgullo del descubrimiento, por solicitud de los arquitectos Evelia Peralta y Rolando Moya, de Editorial Trama, a quienes el Ilustre Municipio de Ibarra y el Comité Ejecutivo del Cuarto Centenario encargaron la realización de un libro, editado como homenaje a la ciudad.

Así como Ibarra llega a nuestros ojos precedida del incomparable paisaje imbabureño, valle profundo entre montañas y agua, cielo azul en el que vagan nubes de formas atónitas, la ciudad lle-

ga al alma desde el pórtico que constituyen los versos de un poeta humilde y espléndido, el padre Carlos Suárez Veintimilla. Hoy, al conmemorar cuatrocientos años de la fundación de la antigua Villa, sus palabras esenciales son patrimonio de Ibarra y ejemplo de la vocación de la ciudad: amor y conservación de su paisaje, autenticidad de vida, apertura hacia todos, pues pertenece a todos; mirada abierta para la patria, eliminación de diferencias en la posesión de su esplendor.

Tierra mía / la de los días claros de la infancia // Les dio tu cielo la lección primera / de azul a mis pupilas asombradas / los primeros anhelos a mis labios / y los primeros sueños a mi alma. // Tu cielo abierto y limpio / -orlado de montañas- que ha puesto sus azules transparencias / sobre las quietas aguas / de tus once lagunas, / donde a la incierta luz de la mañana / dejan el total las gallaretas / rozando el agua con sus negras alas... // Le dio el paisaje su lección primera / de música a mi alma, / en las múltiples voces de tus pájaros, / en el murmullo de las aguas mansas / de tu claro Tahuando, / en los vientos que peinan con sus alas / los pajonales tristes de los páramos / y en la lluvia que cuenta, llora y canta. // Yo amaba, tierra mía, / la torre del reloj, vieja y gastada; / la pila pobre y simple, / de la plaza / donde las agua-

doras de mi tierra / en tus claras mañanas / llenan los puños frescos y armoniosos / del agua musical de la mañana. // Tierra mía / la de los días claros de la infancia.

En este texto sobre Ibarra intenté recoger, a la vez que los momentos álgidos de su historia, la visión y las aspiraciones de sus habitantes, la descripción posible de su entorno, sus monumentos, sus calles y preciosas plazas. He paseado Ibarra lentamente, mirándola en todos sus ámbitos; he conversado con la gente de a pie, con la que vive la ciudad todos los días; he leído artículos, vastas y notables monografías, leyendas y anécdotas; he consultado a amigos de la ciudad y la provincia, y he encontrado en todos apertura, ilusión, bondadosa acogida. Con sus palabras he construido las mías que intentan, a su vez, revelar mi mirada de establanca ciudad, erigida hace cuatrocientos años, destruida en el terremoto de 1868 y vuelta a construir con el admirable empeño de cuantos sobrevivieron a la terrible catástrofe.

En una planicie cual mano generosamente abierta en las faldas del Taita Imbabura, se derrama, mansa, la ciudad. A 2 225 metros sobre el nivel del mar, su temperatura oscila entre los 17 y los 20 grados centígrados.

Construida en el valle de *Carangué*... que, según las Relaciones Geográficas de Indias «es el mejor y de más sano temple, de buen cielo y suelo de las Indias, alcanza tierra fría y caliente; es tierra fértil, bastecida de leña y hierbas», y bajo toda la luz, a nadie extraña la serena regularidad de calles y plazas ibarreñas... Una vista aérea del centro histórico de la ciudad contemporánea nos muestra la armonía de espacios trazados, luego del terremoto, con una mira más amplia que la de la primera construcción de la Villa colonial; sus calles anchas y espaciosas, delineadas sobre el territorio protegido por la majestad del Imbabura, de brillante adoquinado de piedra tallada a mano que en las calzadas se conserva hasta hoy, permiten al paseante atravesar plazas y parques, caminar entre iglesias, escuelas, colegios, mercados y edificios públicos; aspirar el aroma de plantas esparcidas aquí y allá que pugnan por mostrarse tras muros y verjas seculares; contemplar viejas fachadas, tallas de ancianas manos en puertas admirables y el contraste de nuevas construcciones no siempre adecuadas a la antigua traza de la ciudad tranquila; encantarse en el ámbito de tejados sin memoria, donde solo el musgo entre las tejas taciturnas impone la presencia del tiempo. Regularidad serena que nos permite deslizarnos por Ibarra como se deslizan las palabras, sin dar-

nos cuenta del tiempo que transcurre, a la manera de quien avanza plácidamente en un espacio interrumpido por la respiración de la ciudad que desde calles, comercios, restaurantes, esquinas, asciende hasta tejados, torres y espadañas, palmeras, ficus y jacarandás, con el mensaje vital de sus niños y jóvenes, de sus paseantes adultos llenos de amor y de nostalgia, y con los recuerdos de sus ciudadanos conspicuos, de elegante traje oscuro y corbatas cuidadas, bajo la luz dorada de un atardecer que querríamos eterno.

Ibarra fue fundada el año de 1606, por el presidente Don Miguel de Ibarra, cuyo nombre se perpetuó en la nueva Villa. En palabras del arzobispo historiador, monseñor González Suárez, ... *la comisión de verificar la fundación fue dada con mucho acierto a Don Cristóbal de Troya, uno de los Regidores de Quito ... El día escogido fue el 29 de septiembre, por ser ese el del cumpleaños del Presidente; y como en la liturgia romana las grandes festividades principian a celebrarse desde la víspera, la fundación de la Villa de San Miguel de Ibarra se hizo el día 28 por la tarde, después del medio día».*

Ibarra fue, pues, **fundada la víspera**: bella señal de su destino que no herirá el tiempo y que permitió a Ibarra y a toda la provincia de Imbabura so-

breponerse al espantoso terremoto de 1868 y volver a vivir.

Con la fundación de Ibarra se instaura también el sueño de la salida al mar que ha acompañado la vida de la ciudad hasta hoy, sueño que los ibarreños llaman, con toda razón, 'la vocación de Ibarra'.

En mi recorrido, recaló en *El Coco*, referencia vigorosa en pleno centro ibarreño, pues la reconstrucción de Ibarra se hizo desde la palmera, por sugerencia del ingeniero alemán Arturo Rodgers, que recomendó iniciar desde esa esquina la planificación, advirtiendo que 'las formas lineales son las más convenientes para situar el centro de la planicie que se debía recuperar'...

La palmera tiene sus propias leyendas llenas de encanto. El coco es la referencia para toda dirección: 'De la esquina del coco, a dos cuadras', contesta el ciudadano fogueado en preguntas y matices. 'De la esquina del coco, a la vuelta y una cuadra a la izquierda...', y si no encuentra, vuelve al coco, completa la comadre, segurísima de que 'no hay pierde'.

El Obelisco, el Parque Moncayo, la catedral, la capilla y el palacio episcopales; la Casa de Gobierno con el salón máximo de la municipalidad que

guarda las alegorías del artista Rafael Troya; también, su alegoría sobre el terremoto, y dos pinturas de la flora del Oriente ecuatoriano, del mismo pintor. La vieja estación del tren, el antiguo cuartel militar, sus torres y portales son hitos monumentales de la ciudad, sobre los cuales no podemos detenernos pormenorizadamente. Lo son también, el torreón y su reloj, con el cual soñó Ibarra desde el año de 1898. Tras largos trámites se recibieron las piezas del reloj que llegó orondo en seis mulas, a Ibarra desde Quito. Una vez el ansiado mecanismo en la ciudad, se decidió la construcción del torreón con arquería de medio punto en cuyo frontis se halla el reloj, 'ícono de la modernidad' que empezó a funcionar hace ciento años, en 1905.

La plaza hoy llamada *Víctor Manuel Peñaherrera* es como un espejo del parque principal, pues es única en una ciudad americana colonial situada apenas a cien metros de distancia del parque principal de la urbe, el Pedro Moncayo. En la vieja plaza se halla la iglesia de la Merced, de expresiva piedra labrada. En la Colonia, antes de su destrucción, fue uno de los bellos y suntuosos templos de la Villa.

Ibarra es ciudad que cuenta con numerosas plazas y parques. El más antiguo y tradicional de entre ellos es el

Parque Boyacá o plaza de Santo Domingo. Su nombre actual evoca la batalla con la cual el Libertador Simón Bolívar selló la independencia de la actual Colombia.

La iglesia de San Agustín, situada en la plazoleta Abdón Calderón fue la primera iglesia que tuvo la ciudad y se convirtió en el primer templo parroquial mientras se construía la iglesia matriz. En 1690 se describe la pequeña y elegante iglesia: 'Iglesia con torre regular, de una sola y amplia nave, paredes robustas y bien logradas, campanario que consta de cuatro campanas menores y dos grandes, las cuales solo se usan en la fiesta de Nuestro Padre San Agustín'. La plaza de San Francisco, hoy llamada parque González Suárez, fue erigida en memoria del preclaro historiador que mostró su predilección por Ibarra al dejar a dicha diócesis en propiedad, su *Historia General del Ecuador*, la mayor obra de historia de nuestra patria escrita hasta hoy, 'para la instrucción cristiana de niños y niñas de esa diócesis', como reza el muro norte de su efigie.

La fachada de la capilla de San Diego, en el colegio San Diego, construido por decreto del Libertador, cuenta con una puerta de madera prodigiosamente labrada, situada entre dobles columnas que, a lado y lado, lucen como

parte del frontispicio. El turista pasará por la gran Plaza del Águila o plazuela Francisco Calderón, hoy espaciosa y cálida, a pesar de su triste origen, pues fue creada para situar en ella 'el madero de justicia' a fin de ahorcar a los delincuentes y a quienes atentaran contra la autoridad del rey. El 27 de noviembre de 1812, como consecuencia de las luchas por la independencia, muchos rebeldes quiteños huyeron hacia el norte, donde libraron cruel batalla contra los realistas. Tomados prisioneros en San Antonio de Ibarra, murieron ajusticiados en la plaza no menos de 75 oficiales, por lo cual el pueblo la llamó 'plaza del martirio'; entre los patriotas fusilados se encontraba el coronel Francisco García Calderón, padre del héroe niño, Abdón Calderón Garaicoa.

Sus calles y barrios; sus ríos y lagunas, sus rincones que guardan leyendas de otras horas, cuya descripción exigiría de nosotros tiempo y empeño inagotables, están abiertos al caminante curioso, al conversador interesado. En la calle del Alpargate, situada a la orilla izquierda del río Tahuando se encuentran célebres picanterías y lugares de recreo, donde se sirven platos típicos de la región. En las angostas calles cercanas pueden verse aún casitas bajas, de anchas paredes de adobón, con puertas y ventanas pequeñas y un corredor

a la calle que sirve como lugar de trabajo durante el día e invita a la tertulia por la noche. *El Derrumbo*, terreno irregular que cae hacia las riberas del Tahuando, es hasta hoy lugar de leyendas, de citas, aventuras y misterios; desde sus bordes se contempla hermoso paisaje; hoy se conoce con el nombre de Paseo Bolívar.

La piedra Chapetona guarda recuerdos imperecederos de generaciones de muchachitos ibarreños que jugaron en ella, guerreando con pepas de higuierillas cogidas en el barranco del Derrumbo. Cuando en Ibarra no existía la piscina Municipal, si las crecientes del Tahuando empujaban las aguas hacia la ribera izquierda, al pie de la piedra Chapetona se formaba un vado donde se bañaba y nadaba la chiquillería. Se afirma, también, que desde lo alto de la inmensa piedra irregular, Simón Bolívar dirigió una fase de la Batalla de Ibarra, el 17 de julio de 1823... ¿Historia o leyenda? Lo cierto es que hay hechos históricos que se convirtieron en leyendas, y leyendas tan dignas de ser historia, que su narración convence y llena de entusiasmo patriótico a quien las escucha...

El viejo hospital San Vicente de Paúl fue resultado de la inicial preocupación de los fundadores de la Villa de Ibarra por crear una *casa de hospital* a fin de

'mitigar el dolor' de sus pobladores. Su construcción culminó el 22 de abril de 1609. Fue construido 'lindando calle en medio con la cárcel y en la calle que va de la plaza a los tambos reales» es decir, a lo largo de la Calle Real o San Juan Calle, la gran paralela a la cordillera oriental cerca de la quebrada del Tahuando, lugar ideal para desaguarlos.

Desde 1737 se incorporaron religiosas católicas para el cuidado hospitalario y ayuda a los enfermos, pero el hospital fue destruido, como tantos otros nobles edificios de Ibarra, en el terremoto de 1868. Entonces, y para atender a los sobrevivientes ubicados en Santa María de la Esperanza, García Moreno crea en Caranqui con fondos de ingleses que ayudan a su mantenimiento hasta el 15 de noviembre de 1875, 'un hospital de sangre'. En el retorno, el 13 de abril de 1872, se distribuyen nuevos solares, entre ellos un terreno cercano al conventillo de San Francisco para el hospital, cuya construcción se inicia según planos trazados por el Hermano Benito Aulin, el 20 de abril de 1872. El 21 de enero de 1884 se abre en el hospital la primera botica y se crea una sala de mujeres y otra para hombres.

Gracias a las gestiones del doctor Luis Grijalva, en 1948 se inició la remode-

lación y ampliación del hospital, que sirvió hasta la década de los años 90. En la actualidad, ese local está entregado en comodato a la Universidad Técnica del Norte, para el funcionamiento de la Escuela de Enfermería y Nutrición. En los años 90, el Ministerio de Salud construyó el nuevo y moderno edificio ubicado en la Avenida Cristóbal de Troya que conduce a la Perimetral; por el otro lado, la construcción da a la avenida Jaime Ribadeneira.

Las cruces del camino no son una metáfora sobre las dificultades de cada existencia singular, sino sucesivos consuelos de que se quería proveer, a lo largo de la ruta y en tiempos coloniales, a los viajeros que tomaban el camino hacia otros pueblos. En senderos más o menos largos, en campos y ciudades, la visión religiosa cristiana iba sembrando, de trecho en trecho, cruces de piedra o madera, más o menos humildes pero significativas y evocadoras de una fe que contribuía a hacer más noble la existencia cotidiana. Con cada una de las cruces que pretendían alejar el mal, se evocaban también acontecimientos importantes, felices o trágicos, y siempre se recordaba al viajero que, aun en su renuncia a caminar, era en la vida concreta un *homo viator*... un viandante, un pasajero, nada más. En Ibarra existen aún cruces de viejos

tiempos, como la Cruz Verde, la de San Juan Calle, La Cruz de Ajaví, La Cruz de San Francisco, La Cruz de Caranqui.

Entre otras construcciones y monumentos, nos referimos al primitivo cementerio de la Ibarra colonial, que había estado ubicado en la parte posterior de la iglesia de Santo Domingo. En 1873 se creó el llamado 'panteón de pobres' y en 1878, el 'panteón de ricos'. En este se enterraba la clase que hoy llamaríamos 'alta', la *nobleza* urbana y rural; existe en él todavía un pequeño columbario donde reposan los restos del extraordinario pintor don Rafael Troya y de miembros de antiguas familias destacadas o relevantes.

Ibarra es ciudad histórica y moderna, turística y cultural... El antiguo y alegre centro histórico, los numerosos parques, las calles aledañas la dotan de una personalidad rica y fluyente. El Mirador del Alto de Reyes o de El Ángel, loma situada sobre la laguna de Yaguarcocha desde la cual se admira amplísimo paisaje de agua y de montaña. La laguna de Yaguarcocha, las ruinas de Caranqui y la loma de Guayabillas son ámbitos particularísimos de la ciudad, que abre su paisaje, sus calles y plazas, sus secretos y leyendas al visitante ávido de belleza al par que de gozo inocente, de tranquilidad y de sa-

lud. Ibarra ha sido, desde que fue pensada como el camino hacia el mar o como lugar de paso hacia Pasto o Popayán, ciudad ideal de tránsito y de permanencia, de entrada y de salida; los inmigrantes que permanecen en ella ya no lo son más: pronto empiezan a sentirse ibarreños.

La laguna de Yaguarcocha se halla hoy rodeada por un autódromo, pista ideal para carreras, donde se han probado y se prueban volantes nacionales e internacionales.

Aire limpio, totoras, garzas, ¡qué hermoso evocar los terrenos aledaños arborizados, las lomas con antiguas especies, afines al clima y a la ecología, canelones, ciruelos, pomarrosas, molles, olivos, nísperos, madroños, granados, membrillos, frutales del trópico y árboles ornamentales, sin que falten el perfume y la promesa de plantas medicinales, de especias: la albahaca, el romero, el cedrón, el orégano y cien más!... Los paseos en la naturaleza. Inolvidables tardes en las que se vivía el encanto de diversiones inocentes como la del 'paseo de guabas' a Yaguarcocha. Las familias ibarreñas 'compraban' un árbol de guabas hasta que se terminara su producción anual. Nadie, sino la familia 'propietaria' tenía derecho al fruto, y este derecho se respetaba. Gran cantidad de gente ha-

cía el peregrinaje de sábados y domingos por un chaquiñán que subsiste frente a la entrada principal de la Universidad Técnica del Norte, subiendo la loma para caer al pueblo de Yaguarcocha. Trepados en los árboles, probaban el dulce terciopelo de las guabas, o bajaban los frutos para los más pequeños, impacientes en la ilusionada espera. La loma de Guayabillas, en las riberas del río Tahuando, junto a la loma de Yuracruz, tomó ese nombre por la multitud de arbustos de guayabillas silvestres en que abundaba, y fue sitio inolvidable de los primeros paseos de los niños de todas las escuelas de Ibarra, desde cuya cima aprendían a reconocer la majestad y belleza de su 'lugar natal'.

Pilanquí, vieja hacienda con destino de cultura fue durante la colonia antigua heredad jesuítica. En 1871 pasó a manos de don Francisco Gómez de la Torre y Gangotena hasta que en 1986, el profesor Pedro Manuel Zumárraga, presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo de Imbabura, compra a doña Rosa Gómez de la Torre, su última heredera, la casa de hacienda con una porción de terreno, a fin de destinarla al funcionamiento de aquel centro cultural. Casi quince años más tarde, su director entonces, doctor Luis Andrade Galindo, inicia la reconstrucción de la antigua casa, cuya fachada y

espacios se conservan, cuyos muros blancos se resaltan, cuyo tejado a dos aguas sigue albergando el tiempo en el verdor secreto del musgo. Al culminar la restauración y modernización del edificio, de patios e instalaciones, la nueva Casa se inaugura en el año 2004, en la administración del ingeniero Hernán Jaramillo Cisneros, entonces presidente del Núcleo de Imbabura, y se reinaugura en la administración actual del profesor Marcelo Valdospinos que coloca en ámbitos externos esculturas de personajes ilustres, y realiza diversas readecuaciones. Otro privilegiado ámbito cultural es el Museo del Banco Central, de fundación relativamente reciente, que se halla en pleno centro histórico y cuya traza recupera el estilo de las viejas casonas: en la fachada de muros blancos resaltan las ventanas sencillas y la puerta que, acogedora, da paso al zaguán. Adentro, desde el patio típico rodeado de arquería, se llega a las diversas salas donde se preserva la memoria arqueológica con énfasis en las culturas prehispánicas de la región.

Su Archivo Histórico con documentos atinentes a la historia de la Sierra Norte del Ecuador conserva y sirve al público con importante documentación sobre cabildos y sobre la función judicial de la provincia, tanto como con su biblioteca general y especializada en

temas histórico-culturales.

El Banco Central restauró, para la construcción del museo, el antiguo Mercado Municipal o mercado cerrado de Ibarra. Su acogedor auditorio es el antiguo Teatro Municipal de la ciudad, en cuya fachada destaca el sencillo y bello frontis con arcos de medio punto entre columnas de piedra, muestra de la arquitectura republicana. En él tienen lugar conferencias, conciertos y acontecimientos culturales que concitan el interés ciudadano.

Nos es imposible detenernos en este espacio en las antiguas haciendas, orgullo de producción y belleza, algunas de entre las cuales no han sido absorbidas por la ciudad y se conservan aún, abiertas al visitante que podrá aprovechar, además, de la gratísima gastronomía ibarreña, otro capítulo que debería constituirse en todo un volumen, para preservar y recrear los sabores tradicionales de Ibarra. A manera de tímida muestra, no puedo dejar de enumerar, con el riesgo evidente de olvidar muchos de ellos, la chicha de arroz de las mujeres negras de El Chota, la chicha de remolacha que preparaban las abuelitas en tiempo de difuntos. Los alimentos que corresponden a la amplia gastronomía andina a base de maíz; bonitísimas, humitas, quimbolitos y tamales. El maíz, 'regalo de los dioses'

se prepara de variadas maneras: choclo tierno, choclo mote, mote, tostado, chulpi, empanadas de morocho, tortillas... Con él se hacen las chichas: la chicha de jora que exige un proceso de elaboración casi religioso, en el que cada detalle se cuida, a fin que el grano, germinado en la humedad, entre dos capas de hojas de maíz, de aliso, de achira o de higuera y seco luego bajo la caricia del sol, pueda molerse para obtener la jora. La chicha huevona. Y con maíz, como no podía ser menos, se prepara el champús para acompañar los recuerdos difuntos y los recuerdos de difuntos, porque se toma el día de los muertos perfumado de naranja agria, mejorana, manzanilla, cedrón y canela, clavo de olor y pimienta dulce. Antiguos sabores repetidos que dan otro color a la vida y a la muerte.

Ochenta variedades de papas, todas distintas, dicen los entendidos que existían en Ibarra... Y ocas asoleadas, ocas con miel, colada de ocas llamada 'cabisca'. Camote. De la caña de azúcar del valle de Salinas y del valle del Chota y de otros secretos dulces derivan los célebres 'santos' o dulces empanizados envueltos en hojas de plátano; las igualmente célebres nogadas enconfitadas con tocte y el más que famoso arrope de mora que expenden los vendedores de la esquina de la Merced; los bocadillos de guayaba, de leche, golosinas

que se encuentran también en rutas y paraderos del turismo actual. ¿Y cómo no mencionar los celeberrimos 'helados de paila', que, prestos a cumplir cien años, siguen vendiéndose en pleno centro histórico, en el local de doña Rosalía Suárez que murió centenaria?

'Y porque es bien que la Villa se regocije, ordenaron y mandaron que el dicho día de San Miguel haya toros y juego de cañas, y la noche antes, luminarias por la plaza y calles de la Villa, tocándose atabales, trompetas y chirimías y otros instrumentos bélicos ... y sus indios, así mismo, hagan sus fiestas a su modo y costumbres, de manera que en entrambas repúblicas haya aquel día gran regocijo y contento...' decretó el 24 de septiembre de 1607, a un año de fundada la Villa, su Cabildo.

¿Fiestas por decreto? ¡Sí, siempre que haya para ello mérito suficiente! Y este de la fundación de la Villa de Ibarra en 1606 lo tiene; como lo tienen también la fiesta del Retorno, del 28 de abril, cuando volvieron los sobrevivientes, armados de esperanza, de amor y paciencia, a reconstruir la ciudad en ruinas...

Muchas otras fiestas han sido instituidas por la fe y la costumbre: la fiesta de la Cruz de Mayo o del Señor del Amor, en Caranqui, y la de la Cruz

Verde en El Alpargate. Y las del Inti Raymi, que coinciden con la fiesta de San Juan, el 24 de junio de cada año, porque la reinención de tradiciones restituyó la antigua fiesta de ascendencia cuzqueña, en la cual los hombres, para cerrar el ciclo agrícola anual, se disfrazan y forman comparsas y moji-gangas que perduran hasta hoy y recorren plazas y barrios de la ciudad y de la periferia. Al respecto, según datos de que me ha provisto don Hernán Jaramillo, en el *Diccionario del Folklore Ecuatoriano* de Paulo de Carvalho Neto se habla de la fiesta de San Juan y se menciona a Hassaurek, quien en 1865 vio en Cayambe... «veinticuatro bailarines, doce de ellos vestidos de mujer». Hay que señalar que las fiestas indígenas eran enteramente de hombres, y que solo desde hace pocos años intervienen en ellas las mujeres.

Las antiguas romerías a la Virgen del Rosario de Santo Domingo de Ibarra, y en las primeras décadas del 900, las ya olvidadas fiestas de San Vicente, celebradas por los 'mochos' de San Clemente, de Rumipamba, de la Magdalena, hasta Zuleta, celebración plenamente imbabureña, y la Fiesta de San Juan...

'Se ordenó que hubiera luminarias en la noche de la Villa'. Cohetes, globos, fuegos artificiales: voladores, petardos,

bengalas y girándulas, torpedos, buscapíes, vacas locas, castillos... Eternidad de luces que esplenden obedientes en la noche de fiesta ibarreña y solo compiten con el profundo cielo repleto de estrellas y constelaciones...

DETENER LA CIUDAD EN EL TIEMPO

He pretendido, amorosamente, captar en el tiempo y en la palabra que intenta revelarla, la ciudad de calles adoquinadas, armoniosa, de casas todavía bajas, de monumentos, iglesias, antiguos parques y plazas, y esa otra ciudad que sobre la nostalgia del pasado, se ha ido abriendo entre las edificaciones existentes y anuncia nuevas dimensiones, escalas de ciudad vertical y moderna ... Ibarra, extendida más allá de la ciudad reconstruida, fiel al ángulo recto, se ha ido dilatando en distintas direcciones, ha escalado laderas, ha trazado puentes. Y ha empezado a crecer en altura: edificios modernos desafían los antiguos monumentos y se conforman en ellos nuevos hitos y referentes. De este modo, la ciudad reclama reconocer su memoria sin renunciar al progreso, pide a sus ciudadanos recuperar la unidad y la continuidad, integrar sus partes, establecer resguardos para sus antiguos hitos, a la vez que dejar el espacio para que se engargen nuevos referentes.

De conversaciones y comentarios, de ilusiones y afanes, he llegado a comprender que el mayor homenaje geopolítico que se habría de hacer a la ciudad, en esta hora, sería aquel que posibilitara definitivamente su sueño de llegar al mar del Pailón: Ibarra, en su centralidad, a solo dos horas de distancia de Quito, a dos horas de Colombia, a cuatro horas del mar, el puerto de El Pailón, quizá el de mayor cabotaje del país, permitiría que gentes y mercaderías ingresaran por San Lorenzo y llegaran a Manaos, en un gran corredor comercial.

Ibarra cuenta con un clima ideal en un paisaje único de montañas y de agua. Con tesoros monumentales, con buena infraestructura hotelera que anuncia un gran ímpetu turístico. Generosa y amable, incorpora a quien llega a ella y es construcción permanente que ha de reubicar la memoria frente a las enseñanzas del pasado y de la historia y ante un presente que reordene, reinvente y recree todo aquello que hace el carácter único de esta ciudad inolvidable.

Su paisaje, su cultura, su pasado han de huir de la *folclorización* y abrirse hacia tiempos nuevos, en la revisión vital que impone el conmemorar cuatrocientos años de fundación, hacia posibilidades indígenas, mestizas, negras que no vean el pasado como ex-

tinguido y solidificado, ni permitan que surjan de él nuevos centros de poder estériles y a menudo egoístas y crueles, rémora histórica de nuestra patria, sino que se dirijan a hacer de Ibarra un ámbito en el cual se fusionen el amor por la ciudad, la formación y el entusiasmo del conocimiento, con el progreso y la preservación de sus valores históricos, artísticos, morales e intelectuales más auténticos...